

Los grandes escritores de América Latina.

LA VIDA Y LA OBRA DE MANUEL J. CALLE

Por Óscar Efrén Reyes.

Tercera Edición.

Quito: Imprenta L. I. Fernández.-1930.-

A:

RUFINO BLANCO-FOMBONA,

de los pocos grandes americanos que
comprendieron y admiraron el talento
y la vida de Manuel J. Calle, que fue
uno de los pocos grandes del Ecuador.

O.E.R.



La médiocrité, non plus, n' est guère propre á fair naitre en nous un sentiment d' espèce si délicate; l' impresión qu' elle cause n' a rien que de estérile, et ressemble á de la fatigue ou á de la pitié. Mais ce qui nous donne á songer plus particulièrement, et ce qui suggere á notre esprit mille penssés d' une morale pénétrante, c' est quand' il s' agit d' un de ces hommes en partie célèbres et en partie oubliés, dan la mémoire desquels, pour ainsi dire, la lumière et l' ombre se joignent....

SAINTE—BEUVE: “Notice sur l' Abbé Prevost et ses ouvrages”.

MANUEL J. CALLE

El PERIODISTA Y SU "PÚBLICO".- Las impresiones populares. Las proporciones del escritor.

En la mañana de uno de los días del mes de Octubre del año 1918, la prensa de América fué sorprendida con la noticia de la muerte de un gran periodista ecuatoriano que había llenado, con el ímpetu de sus inmensas cóleras de patriota y el prestigio de su rebeldía irreductible, toda una época del diarismo de su país.

Había en aquel insigne periodista mucho de un temperamento nervioso y ardiente, gran independencia y cierta audacia incomparablemente cínica para llamar las cosas por sus nombres – o por nombres inventados por él para las cosas,- junto a un talento clarísimo.

Se le comparaba con los grandes publicistas de universal prestigio, y se le había puesto junto a los más famosos satíricos políticos de su época. Verdad que el obscuro escenario en que había desarrollado su obra, era la causa de que ella no se conociese con la debida amplitud en el mundo, y verdad que aún en los mismos pueblos de habla castellana- descontados apenas unos pocos espíritus atentos al movimiento literario continental, - casi nadie le advirtiera a tiempo. Pero luego súpose que aquel tempestuoso e incansable escritor de crónicas diarias, superaba a su ambiente, inhábil como plataforma de una imponente gloria...

Escritores representativos de América- Rufino Blanco-Fombona, Ventura García Calderón, Gonzalo Zaldumbide, Remigio Crespo Toral,- ya no le habían negado ni su aplauso ni su justicia.

Lo que es dentro de los límites del Ecuador mismo, la popularidad y autoridad del escritor se habían impuesto desde hacía muchísimo tiempo. Era el ídolo y el tirano de la opinión pública. En horas de angustiosa expectativa política o en horas de murria o de cansancio, el periodista-detonante o soberbio, sensacional o ameno,- dominaba siempre.

Al desaparecer, pues, la consternación y el asombro no encontraron términos.

El Parlamento nacional, en sesión plena, tributó, de seguida, a la memoria del gran compatriota el honor de un solemne saludo; los funerales pagó el Estado; y, el pueblo, ululante y enternecido, conducía en hombros el cadáver hasta la morada última, mientras los periódicos del Ecuador entero, enlutados, lloraban la desaparición del terrible “compañero” en largas necrologías...

No era un Edmundo Rostand el muerto, ya que jamás fue el creador de algún *Chanteclaire* vibrante y magnífico que ensalzase insuperablemente las glorias de su país ... Al contrario, había descollado más bien como un crítico implacablemente severo de todos los errores, de todos los vicios y de todos los hombres del Ecuador. Al morir, ciertamente, el homenaje y el pesaroso recuerdo de las multitudes, resultaban algo paradójico.

Pero era verdad, así mismo – y una verdad terriblemente desconsoladora para muchos buenos amigos del escritor,- que debajo de tanta fraseología dolorida y de tanto gesto compungido, en no pocos corazones lo que palpitaba era un sentimiento de mal disimulada satisfacción: acababa de morir, con el periodista genial y gran satírico, también el luchador tenaz y riguroso combatiente que, en la brutalidad de la lucha, echó a perder más de mil reputaciones, falsas o auténticas; que había herido más de un amor propio y que- como si ésa hubiera sido su exclusiva misión en el mundo,- había cultivado tanto rencor...

Es decir, se trataba de uno de esos indeclinables y feroces escritores – a la Rochefort, a la Stead, a la Casagnac,- personalista, escéptico y mordaz,

que para cada cosa, como para cada hombre, tenía siempre, o un concepto superficial o una palabra irritante.

Así, pues, apenas si una vigésima parte de los intelectuales, burgueses y políticos del Ecuador, simpatizaba con el furioso. El resto se dividía, para él, en dos grandes porciones: la una, que le guardaba una antipatía personal casi morbosa, casi crónica; y la otra, que sentía contra él, contra su labor y su <<irreductibilidad>>, una iracundia casi patológica. En los mismos admiradores del escritor había restricciones: admiraban y ensalzaban la pasmosa fecundidad, el ímpetu del polemista y el *sprit* y la audacia y la inmensa inteligencia del satírico; pero despreciaban al hombre y aborrecían o desdeñaban al crítico.

¿Por qué?...

LAS IMPRESIONES SOBRE EL HOMBRE.

Los contrastes de la vida y de la obra.

Manuel J. Calle a simple vista.

Cómo vivía y escribía...

Érase el señor don Manuel J. Calle un hombre pequeñito, flaco, muy débil y casi transparente. Nunca había sido robusto tampoco. Pero su delicada contextura física se hizo más escurridiza aún por el exceso de trabajo intelectual y el eterno trajín por redacciones misérrimas, por sus ayunos frecuentes en horas de persecución o de angustia, y por la fiereza del clima en que le tocó vivir. No fue un ser feliz en su vida privada: antes y después del triunfo, sus días de hombre solo transcurrieron entre espinas. Había crecido huérfano y su juventud batalladora se desarrollara siempre lejos de su querida madre ausente. Luego su mujer le abandonara, para dedicarse a otro u otros. Quedó con dos de sus hijas, únicos cariños acaso que en su vida conociera.

Y así, las desgracias y pesadumbres de la existencia, habían dejado también sus huellas en ese semblante, prematuramente envejecido. Su mismo cuerpecillo inquieto y frágil, daba la impresión de su vida agitada y

temblorosa, igual que en el poemita verleniano, “como la hojita muerta, llevada siempre por un perverso e implacable viento, de aquí para allá” ...

Descuidado en su indumentaria, como todo trabajador intelectual constante, desgarbado en sus maneras y poco escrupuloso en su conversación, ofrecía escasos atractivos para la simpatía personal.

Con desconocidos era, sí, muy cumplido y urbano y ceremonioso, y, en la amistad, singularmente en los últimos años de su vida, fuertemente sincero y de una bondad cariñosa. Manuel J. Calle gustaba de las confidencias, y, así, sus amigos, viejos o jóvenes, fácilmente podían saber de las recónditas alegrías o de los íntimos dolores, del hombre o del escritor...

Verdad que esta aptitud de Calle para la ingenuidad, exagerábase de un modo extraordinario cuando el alcohol caldeaba su genial espíritu. El tóxico, que puso en su vida, por una parte, los fuertes estímulos para una vida inagotable, porfiada y valiente, capaz de hacer la gloria rápida de uno que no escribiese en los estrechos escenarios de un oscuro país, matizóla, por otro lado, con la triste y plebeya curiosidad.

Alcohólico, pues, transformábase en un hombre excepcionalmente verboso y alegre y francote, manirroto, chunguero y muy picaresco. A veces invocando las genialidades de su obra, relampagueante y vívida, sentíase pleno y glorioso, o, dando una súbita pirueta moral, recordando los infortunios de su existencia, poníase espantosamente triste y humilde...

Se recordará que ese carácter no ha sido exclusivo en nuestro escritor: lo ha sido en la mayoría de geniales dipsómanos y cambios bruscos como los de Manuel J. Calle, notábanse también en Rubén Darío y en Óscar Wilde.

Calle, en su bohemia juventud, improvisaba un artículo sobre la mesa de un bar; emitía juicios críticos repentinamente y con excepcional aplomo, o reía a carcajadas o lloraba como un niño. Su alma tumultuosa, entonces, revelábase incontenible con la inconstancia de los huracanes, y, tan pronto acompañaba al estampido de las palabras violentas la ternura de las lágrimas, como desfallecía en la desolación infinita de las tristezas

agobiadoras, expresadas con sarcasmos o con gestos de exasperada resignación.

“Era un hombre que sentía el vértigo de la vida, nos dice un inteligentísimo paisano suyo, que lo tratara en la intimidad.

Recuerdo que en medio de sus conversaciones chispeantes, mientras su espíritu vagaba por tempestuosos caminos, o con unos pocos sorbos de licor, menores a su sed e infortunio (pues nunca fueron muchos en realidad sino en apariencia y en la mala fama...) una lágrima súbita brotó de su alma tierna, y entrecortando su voz, inverosímil, se mostró fugaz, sincera en sus ojos túrneos, que transparentaban el espíritu atormentado de quien no supo jamás de las blandas caricias del sosiego.

En el breve espacio de un segundo, sus mismos ojos habían cambiado, y fulminaban de cólera, y su boca rugía en diatribas contra algún pícaro y cobarde; pero toda esa tempestad se desvanecía en un «¿qué fin tiene el imbécil de don Fulano?»...o con alguna guasa fuerte: « ¿qué dirá...la famosa doña Zutana? »..., para luego entrar con el interlocutor – sin ser su tema favorito – en los últimos escondrijos de la vida ajena”...¹

Hombre con su personalidad llena de contrastes y de raras sorpresas, inspiraba interés a los hombres de talento. El escritor famoso, era también una psicología compleja y una vida curiosa. Después de todo, no era difícil comprenderle.

Pero a los cursis que lo veían por primera vez, les aterrorizaba semejante desigualdad. El alma proteica de este hombre no sabía disimular ni adoptar un solo gesto. Para algunos, hasta llegaba a ser motivo de repulsión y de desencanto. Y como el “público” suele formar sus juicios siempre sobre las apariencias, Calle – hombre sujeto a los rigores de una permanente e implacable publicidad, - fue en toda su vida víctima de atroces prejuicios a causa de sus meras apariencias y simples gestos externos. “...E ponen en lenguas el crimen de que no soy bonito, e llenan papeles con el cuento de pecados e vicios que nunca conocí!”...

Verdad que, en los últimos años de su vida, Calle siente aquietarse el torbellino de su ser. Recluido, como burgués, con lo que le ha quedado de

¹ Cornelio Crespo Vega: Discurso en la inauguración del Instituto Normal “Manuel J. Calle”, de Cuenca.-9 de Octubre de 1928.

familia, en el silencio de su apartamento guayaquileño de la calle «Colón» matará ya la locura de ser expansivo y demasiado francote en las mesas de los bares o en las tertulias con los amigos...

Pero todavía así, y agotados para siempre los desbordantes ímpetus de la vertiginosa juventud, y ya muerto el entusiasmo por la vida bohemia; entregado a una ininterrumpida y abundosa labor de escritor sedentario: el Calle ya viejo y medio austero, seguirá recibiendo de los hombres cuya conducta analiza, los mismos epítetos, las mismas acusaciones superficiales que provocara su triste y enfermiza mocedad de varón nada dotado de ventajas físicas, de frágil y de pobre...

Ocasiones no faltarán tampoco para la agresión personal y material de la canalla ofendida, armada de superiores fuerzas físicas, de palos o piedras... De este modo es cómo se une, a la letanía del insulto clásico, el cobarde y plebeyo desquite del golpe, sobre el deleznable hombrecillo, indefenso y solo...

En Quito o en Guayaquil, el combate es el mismo. Calle atiende a todos, desde el periódico solamente, con la dinamita de su injuria o con su sarcasmo homérico. Si tuviera puños fuertes y cuerpo de boxeador, tampoco los usara; pues que le basta un adjetivo, una frase bien aplicada o un chiste de incalculables proporciones y horrendo significado, para aplastar al enemigo, ya víctima de la broma universal.

Para los que no le tienen más que un índice consabido de groserías, el escritor observa una profunda lástima.

«Deberían ser más diestros mis enemigos- escribe en alguna parte de sus crónicas,- para no repetir indefinidamente la lista de los viejos cargos, desde odiador del género humano, hasta feo y ´pródigo, e inventar algo nuevo...Soy un átomo, bien lo sé, pero las acusaciones que contra mí se empujan están desautorizadas con la misma sencillez y probidad de mi vida, ya no de bohemio sino de simple burgués, más cerca del menestral que de los hombres de la sangre y del dinero»...

Con esto se defendía Calle de las imputaciones de los malquerientes; pero muchos entusiastas admiradores mismo- que casi siempre no lo eran sino por miedo al implacable cronista,- trocaban sus opiniones y volvíanse enemigos. El escritor, por su parte, pagaba debidamente estas insinceras

maneras de admirar con merecidas «azotainas». A él no le importaba tampoco el prestigio que le habrían dado la belleza de Apolo y la severidad de un ciudadano que fuese fúnebremente grave...

A su muerte, varios «amigos» insistían en la poca gracia personal de Manuel J. Calle, en sus escabrosas intimidades y desventuras de cónyuge villanamente abandonado, y, más que todo, en la irremediable repulsión física.

«Antes que le conociéramos personalmente, - escribe, así, un editorialista² - mantuvimos una larga y cariñosa correspondencia. Un día se nos dijo que el escritor estaba aquí y que deseaba vernos: fuimos a él y nos sorprendió encontrar un hombrecillo pequeño, flaco, de una miopía exagerada, de cabellera laciamente descuidada, con un tic nervioso que le hacía contraer la boca en mueca dolorosa. Y hablaba y hablaba y su nerviosa impaciencia era extraña a nuestra bonachona sinceridad: no congeniamos»...

Este «no congeniamos» es expresivo; pues no solamente lo había dicho el señor don Isaac J. Barrera sino también muchísimos otros. Amigos de verdad y con inteligencia, no pasarían de cinco, ciertamente, los de don Manuel J. Calle. El resto se componía de aduladores, de arribistas o de intelectuales de pacotilla, de explotadores de su talento o de “políticos” hipocritones que, en logrando un bombo y al conocerle personalmente, le volvían las espaldas: ¡¡era difícil “congeniar” con el hombre!!...

Había, pues, la expresión ditirámica para el fogoso periodista, de valiente pluma e inatacables convicciones políticas y asombrosa fecundidad, o había el simple desdén para con el hombre, en quien los rigores del clima o los caprichos de la naturaleza hubieron puesto sus ingratas señales. Y de ello salían las dos corrientes entre las que Calle vivió como un exasperado: la pegajosa e invariable adulación de los “bonachones” y la monótona e invariable injuria por el mismo lado y en los mismos tonos...

Esto debió adquirir, en algunos momentos decisivos de la vida del escritor, algo de lo horrorosamente trágico que suelen tener los pequeños ambientes incultos para con el espíritu de selección.

² EL DÍA: Quito Octubre de 1918.

Y Calle, así, puesto entre el adulador que trataba de envanecerle y el procaz que intentaba deprimirle, irguiéndose de repente con una fuerza superior, egotizaba a gritos, lanzando carcajadas homéricas sobre sí mismo y despreciándose hasta lo infinito..."Soy una hormiga – decía- menos que una hormiga; no me comparo con nadie;...soy un gusano de la tierra"...

Con esto pensaba dar la lección socrática parabólicamente: ¡"conócete a ti mismo"!...

Pero, desgraciadamente, esto que, a primera instancia, no era sino una ironía dolorosa, se convirtió, a la postre, en una como fórmula fatalista para desviar el criterio personal sobre la propia valía y la grandeza de su destino. Sin tratar, pues, de demostrar su enorme superioridad en el ambiente; sin querer renunciar a las vacuidades e ingratitudes del medio, lo primero que hizo, después de exhibir las excelencias de su talento, fue adaptarse a las mediocridades de su país, como un cóndor que, despreciando el poderío de sus alas, se resignase a ensayar vuelos dentro de una gran sala vacía.

Su chispeante genio de polemista, la muy castiza gracia de su estilo, su maravilloso don de observación y su facundia inagotable, su inteligencia lúcida, toda su noble pasión literaria y, en suma, todas sus aptitudes de escritor grande y gran combatiente, iba derrochando en la increíble miseria de los temas locales, de las chismografías políticas de aldea, de pequeñísimos hombres y sucesos de su tierra... Un admirable insulto, una burla maestra y genial iban dirigidos a un pobre jayán desconocido, entre una banal noticia y un fugaz comentario; y más de un elogio, que en su pluma convertíase en una verdadera apoteosis luminosa o en una corona de espléndidos laureles, cayó sobre la cabeza tosca de algún hombrecillo de circunstancias...

Excesivamente falto de estimuladoras y nobles ambiciones, Manuel J. Calle – el admirable *Ernesto Mora o el Enrique de Rastignac, o el Benvenuto Cellini* de las crónicas diarias – creyó que su vida y sus tesoros espirituales, debía arrojar al ambiente, y al acaso, como un harapo a la calle...

Y sin embargo, ése era un corazón lleno de episodios interesantes, una vida algo interesante también, y ¡una inteligencia superior!

EL HOMBRE, LA EVOLUCIÓN Y EL AMBIENTE.

De Cuenca a Guayaquil. Caracteres originales del medio.

La lucha bajo el trópico. El triunfo final.

Nació Manuel de Jesús Calle – año de 1866 – en Cuenca del Azuay, la ciudad meditativa y estudiante del Ecuador, una como Coímbra, asentada entre la suave y dulce paz de un primoroso repliegue andino.

Esta Cuenca ecuatoriana por lo demás- nos dicen los que la conocen – se parece mucho a la de España, descrita por Pío Baroja: “Con algo de castillo, de convento y de santuario”, ciudad grata para las meditaciones, el estudio y la poesía, para la paz de hogares señoriales y el culto religioso!...

Y aquí, pues, críase también, se educa, el futuro gran escritor, que será ¡revolucionario, violento y anticlerical!

Así, vemos que Calle, como la mayoría de grandes liberales del Ecuador y de parte de América, tampoco constituye una excepción: en medio de una sociedad pacífica e intransigente fermenta el inquieto radical y a través de los libros católicos y de las enseñanzas piadosas de parientes y de curas, van surgiendo las desbordantes ideas del librepensador. (Lo que no surge, sin embargo, ni cambia son las nuevas orientaciones literarias: Calle acepta lo que le han enseñado y se queda con antiguallas para toda su vida. Por eso, como ya lo demostraremos más tarde, en su crítica literaria será siempre valbuenesco, superficial y fraseológico, desechando implacable, toda manifestación reciente de nuevas orientaciones o de nuevos afanes...Por eso no querrá nunca reprimir sus furias para las osadas juventudes; por eso se hará literariamente tan odioso).

Manuel J. Calle, desde pequeño comienza a sentir el peso de todo cuanto le rodea: creencias arraigadas, prejuicios, ídolos de barro, etc., y se

torna rebelde. Es un adolescente aún cuando en compañía de amigos inteligentes e impetuosos como él, funda y redacta periodiquillos vibrantes en la ciudad natal, alborotándola y sorprendiéndola. Desde los ensayos iniciales, aparece el iconoclasta y el febril revolucionario.

Sus hebdomadarios se llaman “El Pensamiento”, “La Libertad”, “La Época”, “La Linterna”; y cada uno de estos ya le van produciendo serios enojos y contratiempos, sea con el beaterío, sea con los hombres prestantes de la localidad. Sus compañeros de lucha no son numerosos; pero saben batallar fuertemente: dos de ellos llegarán a figurar en la historia nacional - Víctor León Vivar, literato notabilísimo, fusilado más tarde en una emboscada política, y José Peralta, diplomático. Otros caerán traidoramente fulminados a balazos; pues tales son los diabólicos rencores y venganzas que los jóvenes periodistas sin sospecharlo han sembrado.

El aire se vuelve irrespirable para Manuel J. Calle; el ambiente fanático y rencoroso le aplasta como una montaña. Descontento, pues, de sí, de su educación, de la gente que le conoce y no le aprecia, “descontento de todo”, resuelve un día abandonar su tranquila ciudad.

Ha llegado el año 1891. En el mes de agosto se opera el movimiento migratorio. Guayaquil es, en esa época, - y sigue siendo aún, - para los jóvenes ecuatorianos ansiosos de libertad mental, la Meca adorada. El mismo Juan Montalvo, si no fue a vivir en la ciudad porteña, tuvo en ella la fuerza de sus mayores simpatías, y fueron guayaquileños quienes le vieron cerrar eternamente los ojos y le enterraron, en la capital de Francia...

El mozo de 25 años, entonces, “pobre y desconocido, e infeliz” – como Juan Jacobo Rousseau, acaso, muy joven y yendo por caminos nunca traficados por él, - y “sólo, con el corazón henchido de angustias incomprensibles y la inteligencia llena de ilusiones doradas”, pone su tienda de campaña en una ciudad ajena...

Es un Coronel – y periodista, a la vez, don Belisario Torres, paisano de Calle, - quien le introduce en el diarismo guayaquileño. Desde entonces, entregándose a lo que comprende que es *su vocación*, a pesar de la triste perspectiva económica, se dedica a escribir día y noche, en los periódicos...

ooo

En el ambiente guayaquileño, lo primero que le llamó la atención y alarmó a Manuel J. Calle, fue aquel vehemente localismo con el que se creaba multitud de fetiches, en la literatura, en la política y hasta en la simple burocracia. Su piqueta de demolidor dirigió inmediatamente a estos santones. Pegó tan fuerte y rio con tanto irrespeto, que la sorpresa y el escándalo sobrepasaron a lo previsto.

En parte, la batalla principió ganándola: por lo menos su personalidad tomó relieves precisos ante la inmensa masa de carneros de Panurgo con que se llenaban las redacciones periodísticas en esos momentos.

Hacía falta un hombre atrevido, y éste se encarnó en el joven inmigrante del Azuay, para analizar, sin miedo ni vacilaciones, la verdad de los “valores” creados por la superstición pública. Analizó a los poetas, y los encontró cursis; analizó a los literatos, y los encontró sin gramática, sin cultura clásica y hasta sin sentido común; analizó a los hombres públicos, y descubrió que, en gran parte de ellos, de público no había sino su impudicia y audacia...

Decididamente, los mandobles del joven enderezador de entuertos, no eran muy suaves. Conmocionaron. Y tanto la valentía como la figura, interesaron por igual... Solo que, después de conseguida la fama, después de dominado el ambiente, había que vivir... ¡Esto era ya otra cosa!

Y es que Calle continúa siendo un periodista beligerante, sin duda; mas, tanto se prodiga en los periódicos para ganarse la vida con diversidad de gratificaciones, que la revolución liberal de 1895, todavía no le cuenta entre sus corifeos más notables.

Esto quiere decir, pues, que, si el periodista llegó ya a llamar extensamente la atención, el “hombre” continúa vencido y hundido. La gloria que se conquista en estos países, no consiste sino, estrictamente, en que las gentes le conozcan...Lo demás queda intacto, como si el talento y el corazón no existiesen...

Calle, además, es un hombre muy pobre...

Son otros, según los recuentos periodísticos de la época los triunfadores con sus ideas. Son otros los próceres... Manuel J. Calle no es una figura de primera línea aún...a pesar de las cárceles por donde ya ha pasado, y a pesar de su inagotable campaña liberal de prensa, realizada con todo valor...

¡Ah! Pero es precisamente cuando el joven periodista se ha malogrado en esas heroicas labores perdidas de cuyos autores jamás ningún público se preocupó; redactando gacetillas, y, luego, brillantes editoriales; haciendo, como tantos otros, de jayán de la pluma; popularizando el periódico para popularizar y elevar a otros; derrochando ideas y erudición y genialidad en nombre del diario – que es el que gana, en definitiva, - mientras el autor queda en la sombra; subordinando su valer y su gloria al crédito comercial del fenicio o fenicios que administraban la publicación: ¡anulándose!...

Es la época de los primeros entusiasmos ciegos y de los primeros desencantos, a la vez; cuando el hombre de talento aventado a las galeras de un periodismo paupérrimo, llega a convencerse de que con su don divino y todo, no está destinado personalmente a triunfar; cuando comprende que peor que la esclavitud política y la esclavitud social, es la servidumbre intelectual, pagada con miseria – pagada como a obrero manual o como a negro; - cuando se observa nulo a pesar de tanto esfuerzo y de tanta inteligencia, mientras el que explota sus producciones intriga y amenaza y adula, ¡comercia y se enriquece y se encumbra!...Son los buenos tiempos en que el periodista, no siendo más que un vulgar y anónimo jornalero de las redacciones, aprende a solidarizarse con esos otros jornaleros anónimos de los campos y de las fábricas, los cuales también han alquilado sus fuerzas – aunque no su independencia intelectual, - a los que han acaparado el dinero;...en que reconociéndose otra víctima de la injusticia del privilegio, lanza la protesta airada, defiende

los derechos conculcados del pobre y del débil, y enciende la tea revolucionaria...!!Ah, cuando piensa el intelectual pobre que no serían nunca ni el burgués acomodado, ni el politicastro que se finge liberal avanzado en oratorias y mensajes ridículos, ni el arribista descontento, que ocasionalmente llegó y pasó por las columnas de algún periódico, ni el mismo obrero manual, en fin – a causa de su comprobada incapacidad y escasos conocimientos, - la cabeza directriz de una indispensable revolución proletaria!!...³

La juventud se agota. Pero en esta época de terrible y desesperante anonimidad, de miseria y fastidiosa vulgaridad, en que los mejores días de su cuerpo transcurren con hambres y en cuartuchos húmedos y llenos de cucarachas – en camaradería forzada y absurda con gentes del hampa; reporteros burdos; borrachos, *chantajistas* y hasta rateros, - prepara, sigilosa y mecánicamente, las bases de su futura reputación. Urde ágiles croniquillas políticas de actualidad, escribe artículos salerosos, de muy realista cepa española; satiriza ingeniosa y agudamente; injuria y remueve algunas cóleras; pues que es preciso, no ya sólo contar con la nombradía entre los elementos del propio oficio, o entre los literatos o políticos, sino

³ El primer periódico en que escribió Calle en Guayaquil, fue “El Diario de Avisos”. Por entonces, laborando con todo el fervor y los ímpetus de un poseso, llegó a ganar hasta \$40, mensuales. Más tarde trabajó en: “El Grito del Pueblo”, “El Telégrafo” y “El Ecuatoriano”. Del diario “El Telégrafo”, no pudo recordar Calle, en toda su vida, sino con repugnancia y horror. Tal había sido el espíritu de explotación cobarde con que había procedido su dueño – un serrano avecindado en Guayaquil y que había escogido la industria del periodismo para enriquecerse a todo trance.

Y como lo que le retribuían los diarios era muy poco, el escritor veíase forzado a redoblar la tarea, escribiendo para semanarios, revistas y quincenarios al mismo tiempo y llenando - ¡oh, labor inútilmente prodigiosa! – columnas y columnas de sinnúmero de publicaciones anónimas. A pesar de esto, la situación económica del periodista fue siempre horrorosamente precaria.

En una famosa carta dirigida a don José Eleodoro Avilés, distinguido guayaquileño que fué muy amigo de Calle, y que conoció de cerca muchos de los dolores del escritor – carta del año de 1915, época para la cual las condiciones económicas del periodista habían mejorado mucho, - se leen estas frases:

“Han rodado sobre mí eternidades de años: tengo cuarenta y ocho y he vivido ciento, si padecer es vivir. Me creía un modesto soldado de las libertades públicas, desde que aprendí a manejar la pluma de periodista, y no he sido más que un forzado de las letras de molde, peón de imprenta a discreción de editores sin conciencia, y en vísperas siempre de quedarme en la calle, y cada vez más menguado el pan, más dura la jornada y más débiles los hombros. Suponía que estaba cumpliendo un alto deber de verdad y de justicia, y no hacía sino cumplir la tarea para llenar la olla. Me juzgaba un hombre, y no era sino una máquina de escribir. Y he aquí que he llegado a la vejez, y me encuentro en las proximidades de la tumba, enfermo, desmedrado, desconocido, sólo y sin protección, como un pobre paria que puede tenderse tranquilamente en el lecho último del Hospital, seguro de que no habrá para él una lágrima, mucho menos un pensamiento que le sobreviva veinticuatro horas”...

(Guayaquil, Febrero 6 de 1915)

también despertar el interés en la masa, conquistar la atención de las difíciles muchedumbres...

“Pocos casos - ¡ay! - de tanto interés en la historia del espíritu como el de la aptitud genial tomada a brazo partido con la sociedad que la rodea – observa José Enrique Rodó, - para forzarla a que conozca y honre su superioridad. Cuando esta lucha se prolonga, y a la mente de elección viene aparejado un ánimo cabal y heroico, surge la inspiración del satírico provocador, que se adelanta a despertar a latigazos la bestia amodorrada que no le atiende”...

Manuel J. Calle, provocativo también para con todo cuanto constituye esa “bestia” en su país – personas, instituciones, obras, cosas, opinión pública, - no vacila ni flaquea en el combate.

Su lucha es con el medio, y tanto le absorbe este ejercicio heroico, que casi no le sobra tiempo para echar los ojos sobre el resto de la humanidad. Se limita. No se acuerda de las otras grandes cosas del mundo. Y pierde la noción cosmopolita...

Esta es la mayor de las tragedias del brillante espíritu de selección.

La maraña de pequeñeces en que se ha enredado le impide todo vuelo alto. Así ve pasar diez, quince, veinte años, hasta el desencanto final.

La gloria de campanario le arranca risas. Verdad que en su Ecuador ya es una autoridad y un prestigio evidentes. ¡Pero lo que le importan esa autoridad y ese prestigio evidentes! Ocasión no faltará para desengañarse de una vez.

ooo

Adviene al poder el Partido Liberal, por cuyo triunfo tanto ha luchado Manuel J. Calle. No se ha limitado el escritor a los artículos entusiastas.

Así como antes, sufriera persecuciones y confinios penosos, ha cogido también un fusil y, desde el Guayas, ha ascendido a la Cordillera de los Andes juntamente con las huestes victoriosas de Eloy Alfaro...

Los últimos meses de 1895, son de organización del nuevo gobierno, empeñado en imponerse con el prestigio de sus mejores hombres y de las mejores acciones. El clericalismo no se siente completamente vencido; y el cuidado para escoger elementos leales y fuertes, tiene que ser en Eloy Alfaro obra de inspiración u obra de conocimientos.

Una nube de logreros y de vividores rodea en seguida al caudillo del liberalismo ecuatoriano. Esto disgusta a muchos copartidarios, y ya apenas para 1896, es decir, para el tiempo de la Asamblea Constituyente, en el seno de ésta misma, surgen los enemigos liberales del régimen liberal...

Manuel J. Calle andaba por esta época, muy metido entre las nuevas gentes de Palacio. Sus amigos y admiradores eran, entonces, numerosísimos. Entre éstos había intelectuales, generales u hombres ricos, cada uno de los cuales daba un ojo de la cara por el fecundísimo y ardoroso escritor azuayo, incansable en la redacción de propagandas del liberalismo y en el ataque a la clerecía, su historia y su obra...

Pero la situación personal de Calle no varía. Al contrario, así como hasta ayer en Guayaquil fuera explotado por industriales periodísticos, ahora en Quito venía a ser víctima de la explotación de los industriales de la política. Los hombres honrados eran muy pocos; y en esta situación, Calle, ingenuamente, no dormía por pregonar las excelencias de la nueva era, mientras otros en ella traficaban...

Es de esta manera cómo Manuel J. Calle, después de mucho trabajo y de un incesante desgaste nervioso; mientras ve a sus compañeros subir hasta las cumbres, y a los amigos políticos ausentarse de la Patria con excelentes cargos o quedarse en la administración felizmente remunerados, él, el ardiente periodista, el fogoso radical de las propagandas magníficas, se encuentra pobre, aislado y canallescamente postergado... Y llega un momento - ¡oh, momento, que nunca podrá ser recordado sin una oleada de terrible indignación!, - en que ya no es más que *un desocupado*, que deambula febrilmente por oficinas y juzgados; buscando trabajos de amanuense para vivir; pues que nunca tuvo mala letra. "He transcurrido –

nos cuenta él mismo, años más tarde, en una *charla*, - más pobre y desconocido que una rata, casi un lustro entero de dominación radical”...

¡Así era el interés que por el inteligente luchador tenían los ilustres logreros del régimen, entregados en la Administración, a una especie de saqueo, mientras Alfaro solo, desde la Presidencia, se rompía la cabeza organizando las fuerzas de resistencia contra la clerigalla indominada y buscando los mejores medios de aplicación del criterio liberal a las realidades sociales, políticas y económicas de la nación!

El primer período de gobierno liberal en el Ecuador, o sea de 1895 a 1900, fue un verdadero caos y casi un desbarajuste moral y político para el propio partido. Sin la enérgica y autoritaria voluntad de Alfaro, el clericalismo hubiera vuelto enseguida, con más bríos que nunca.

La sorpresa del Presidente, amigo íntimo que fuera de Montalvo, no tenía desde luego, límites; porque, idealista como era, jamás pensara que los adherentes o prosélitos políticos en este país, no lo fueran precisamente sólo por “ideales”, sino ante todo, por pitanzas.

Lo que es Manuel J. Calle, consideraba que su sorpresa y desengaño fueran mayores todavía. Por no contribuir con su pluma a desprestigiar un poco más al liberalismo naciente, prefirió el silencio, al revés de lo que hacían otros, ganapanes resentidos, desde el Parlamento, la prensa y los conciliábulos.

Al referirse a su lealtad política, como hombre de partido, el mismo Calle no vacilará en proclamarla.

- 26 -

esta mortalgia, ¿me quiere que haga
 sino preguntarme de la neuralgia ó
 la gastralgia... ó cosa así, aunque
 sea una meningitis crónica? Me
 aburre, amigo mío, me fastidia
 como un inglés; estoy con spleen.
 Figúrese usted: no recibo una carta,
 un periódico, una noticia, un da-
 to, no tengo en qué ocupar mis días
 ... ni mis noches; carezco de todo,
 hasta de libros!... Oh vos omnes qui
transitis per vicam...! Sin libros,
 querido poeta! Si tuviere su fe y
 su inspiración, conversara con Dios
 en la Naturaleza, cantara el cielo
 apaco, la densa niebla
 "que los espacios machachenos puebla";
 la fuente de Tesalia, el Corazón,
 aquel volcán apagado y nevado como
 tantos otros corazones con e minús-
 enla; me estariara ante las choli-
 tas que un vate llumaria hermosas
zagalas y ebeitera, etc., etc. Pero

MANUEL J. CALLE - El 17 de Marzo de 1895,

UN AUTÓGRAFO DE MANUEL J. CALLE.- El 17 de Marzo de 1895, muy poco antes de la revolución liberal, dirigía el escritor a su íntimo amigo de entonces, D. Celiano Monge, desde el pueblo andino de Machachi, donde fuera confinado por el Presidente Luis Cordero, una carta, describiendo esos aburridos días pueblerinos "sin periódicos, sin libros y sin datos"...Este facsímile representa un fragmento.

“Mi pobre vida de periodista – escribe – es de una sola pieza. Comenzó en las aulas del Seminario de Cuenca, y conserva su unidad hasta ahora. Los que traten de negar esa unidad, que señalen un sólo hecho concreto, y rompo mi pluma. A los diez y ocho años sufría ya persecuciones por liberal, y Antonio Vega me sujetaba a un Consejo de Disciplina del que salvé por casualidad; a los veinte y cinco, era maestro en toda clase de persecuciones y sufrimientos, la cárcel, inclusive. Alfarista de 1895 a 1900, cuando Alfaro representaba el vínculo de la resistencia liberal en su reciente hegemonía, crucé aquel amargo período de la vida ecuatoriana más pobre que las ratas, desconocido y en silencio. Cuando Alfaro rompió la unión liberal, ya herida desde los comienzos por las inepticias de un Régimen inexperimentado, con las elecciones de Plaza, me acerqué a Plaza, después de muchas vacilaciones, por disciplina y cordura. Luego...” (Palabras amigables. Carta a Miguel E. Neira).

Esto no quiere decir, por cierto, que el patriota haya callado lo que, por un imperioso deber cívico, debía decir en determinados momentos; pues es verdad que el ideal liberal no logra plena realización, ni con Alfaro – que continúa fusilando y clausurando imprentas, - ni con Plaza, que desde su primera administración (1900-1905) es ya producto y consejero y autor de elecciones fraudulentas.

Andando los tiempos, la actitud independiente de Calle no será perdonada. Alfaristas y placistas no verán en él sino el inconsecuente, el mal agradecido y lenguaraz.

Los entrañables amigos de hace pocos años, serán los más implacables enemigos del escritor. Un ex – ministro de Alfaro escribirá un folleto feroz con este título: «El monstruo de Calle». Ahí va la cólera de don Abelardo Moncayo, uno de los más notables hombres públicos del liberalismo ecuatoriano.

Y en el ardor de la beligerancia, serán tantos los odios, los insultos y las acusaciones, que, al fin, cansado de oírlos; Calle apenas los subrayará

entre dolorido y sonriente⁴. De los cuatro puntos cardinales de la República del Ecuador, le van periodiquillos, hojas sueltas y cartas, apostrofándole con las más increíbles desvergüenzas. Manuel J. Calle ya no les recibe con mucha indignación, sino como cosa perfectamente explicable y natural. En el combate de las injurias, no dá ni pide cuartel a nadie....

ooo

El escritor no vacila nunca al señalar un denigrador distante, un adversario oculto. Los conoce y conoce sus historias.

Y es que, mientras vivió en Quito, la capital de la República, de 1895 a 1906 – de amanuense o de bohemio en el primer gobierno de Alfaro, o de redactor de mensajes presidenciales o de jefe de oficinas secundarias en el primer gobierno de Leonidas Plaza Gutiérrez, - supo febrilmente aunar a sus actividades de empleado público, de crítico y literato, de fundador de periódicos o de autor de libros de polémica, las otras actividades del hombre popular, sociable y manirroto, alternando con gente alta y baja...

⁴"Bregando cada sol que amanesce (en las mis manos la péñola, et el corazón repleto de amargura en los puntos de esa péñola), por un poquillo de pan é otro poquillo de folgura é dicha para mis hermanos, luengos años, más de veinte, se han ido en las aguas de la edad, sin dejar aquí dentro, donde se condensan las penas é mueren las fantasías, otra cosa que añoranzas é tristuras et el acíbar de la desesperanza. Con ellos fuéronse, a más non volver, las alegrías, la misma mocedad, é la santa paz del espíritu. E aquí me tenedes agora, en el portillo de siempre, con el afán antiguo, sabidor de desengaños e pesares, con menos el esforzamiento de la mocedad é la fé que alumbró mis primeras peleas.

.....El postrero soy de todos et el más homilde: invidioso, jamás; anon es de cristianos pechos fallecer de ansiedad delante el bien ajeno, nin sirve de consolación sospirar por la risa de los otros. Dícenme no embargante, que la envidia e la caloña salen de los sermones míos como candela del diablo, por verme a la zaga de los que entonan trovas é predicán sapiencias con decires sin seso ni fundamento; é llámanme **despechado** puesto que non abajo la cerviz delante de los falsos dioses que han llevado al ara las ganas de monedas et el miedo de los pueblos.....

Allá ellos, que yo en mis soledades vivo, cumpliendo mis obligaciones é devorando callado mis penicas, pobre como el Sancto Padre de la Idomea é sin facer cabal de sus vituperios" ...

(Carta a Juan Ignacio Gálvez: Guayaquil, 18 de Julio de 1909).

Y fue así también como conoció a tanto palaciego y ahondó en el misterio de tanto suceso. Hasta cuando, ya alejado de esos tiempos, ve que su cabeza no es sino un hervidero de recuerdos históricos – cosas y hombres – y, entonces, él, con más autoridad que ningún otro, los aprovecha para las semblanzas auténticas, los comentarios reveladores y las protestas terriblemente sensacionales...

Y esos recuerdos tan vividos, tan hondamente sentidos, tan «útiles», serán el terror de un mundo de hombres públicos, de literatos, soldados, logreros de las situaciones políticas, frailes y gente común.

Los enemigos insisten en que el periodista suele llevar un libro de anotaciones, especie de índice de personas y de errores muy humanos, con nimios detalles, para usarlo a tiempo. También aluden a la existencia de una lista de todas las palabras de significado horrendo, que Calle aplica, con increíble facilidad y justeza, según los casos y las circunstancias...

¡Ah, Calle conoce a todos y lo sabe todo! Y todo lo que sabe lo dice sin callar una palabra! Su fiera independencia no reconoce ahora ni antiguas amistades!...

Y he aquí, pues, que, del joven dolorido, pobre e infeliz; del periodista mal pagado y peor comprendido y del hombre vilipendiado, explotado y engañado, surge, por fin, el duro pesimista y crítico implacable, en quien las espantosas tragedias de una vida violenta mataron toda fe...

Hacia el año de 1909, o sea a mediados del segundo período presidencial de Eloy Alfaro, la violencia de la oposición política toma caracteres conflagrativos.

En 1910 se funda EL GUANTE, como simple semanario. Es entonces cuando Manuel J. Calle inaugura sus CHARLAS famosas.

Al principio, tales escritos no versan sino sobre temas políticos, desarrollados con magistral gracia y sangrante ironía. Le sirven al escritor para dar sus golpes al gobierno de Alfaro y para analizar los hombres de la época, con implacable ferocidad.

De EL GUANTE – que adquiere enorme popularidad y extraordinaria circulación, - vuelve (1913-1915) a EL GRITO DEL PUEBLO ECUATORIANO, otro periódico notable en que escriben los más eminentes periodistas nacionales: Nicolás Augusto González, José Antonio Campos, Vicente Paz, etc., etc.

En los años de 1916, 1917 y 1918, torna a laborar, ya de modo firme y exclusivo, en EL GUANTE, el célebre periódico político, convertido en diario, bajo la dirección de los hermanos Eleodoro y Rosendo Avilés Minuche. Aquí trabaja hasta su muerte.

En todo este último lapso de tiempo, ya la consideración pública se ha extendido. Nuevas generaciones ecuatorianas, sin tradicionales rencores para el periodista de la juventud, surgen a la vida intelectual admirándole y respetándole. Los mismos rencorosos de ayer, han declinado un tano sus furias, y los malquerientes actuales han disimulado sus ímpetus de exterminio. Rodeado de juventud inteligente e iconoclasta como él mismo, se siente menos inquieto que en lo pasado. Y si la juventud guayaquileña es suya por simpatía, los grupos de amigos escogidos con que cuenta en cada ciudad de las 15 provincias del Ecuador, no le son menos adictos.

Si Calle en estos momentos tuviese dotes de caudillo, provocaría fácilmente un movimiento revolucionario en propio favor. Pero él no cree ni en la eficacia de sus gritos o de sus risas; no cree en sí mismo, como fuerza; y se contenta con lanzar sus carcajadas homéricas, sus burlas o sus admoniciones. Es un demoledor, ante todo, y no aspira a ingresar en el

calendario de los constructores o de los muy sospechosos «salvadores de la Patria »), tampoco.

Manuel J. Calle es, entonces, casi un ídolo, pese a su pesimismo y a sus cóleras. Es, por deferencia oficial que no solicita, diputado a los Congresos Nacionales; es Ministro del Tribunal de Cuentas de Guayaquil, y es el campeón mayor en la defensa de las libertades públicas de su país ⁵.

El pueblo le adora; los literatos le adulan o le temen; los políticos le perdonan las injurias o le reciben casi agradecidos los vapuleos de que los hace frecuentes víctimas.

Es que a su prestigio de luchador inagotable y de escritor castizo, une ahora el prestigio de su vida martirizada y dura. Tras del periodista burlón, existe el hombre infeliz, cuyo camino solo fue de abrojos.

La misma vida bohemia de juventud, va siendo olvidada; porque ella, al fin, no fuera sino el antifaz para unos ojos que no se cansaran de llorar...

Al acercarse a la vejez, que “le llama” con horrible urgencia, la vida del escritor se ha cambiado y es casi austera. Los años de disipada mocedad, sólo han dejado leyendas. A los cuarenta años mismo, resulta poco comprensible para antiguos camaradas...

Y el hombre errabundo, sin finalidad, como él se veía, y que derrochó su juventud en las mesas de los periódicos mercenarios o en las de los periódicos de oposición calculada y judaizante; en tristes oficinas, o en las mesas de los cafés populares, se ha convertido en un cenobiarca...

⁵ Sólo unos hombres hay, en tanto, en la República del Ecuador, que permanecen indiferentes y fríos ante el inmenso prestigio y valer de Calle: los de las Academias.

El gran escritor ecuatoriano, en efecto, no perteneció – como no perteneciera antes Juan Montalvo a ninguna de las preclaras asociaciones literarias de su país...,- ni a la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Real Academia Española, ni a la ilustre Sociedad Jurídico-literaria de Quito, altas corporaciones representativas.

Fueron éstas, por lo demás, las únicas entidades que supieron mantener enhiestas su saña rencorosa y su terrible prevención exclusivista hasta el final. ¡El pobre Calle, a causa de sus irrespetos, de su anticlericalismo y de sus implacables críticas valbuenescas, murió sin ser ilustre académico!

ooo

Casi ni sale a la calle. A las seis de la mañana, ha leído ya todos los diarios de Guayaquil, registrando la actualidad palpitante. Desde las siete se ha sentado frente a su escritorio, para redactar sus CHARLAS, que abarcan dos, tres y cuatro temas distintos de la vida nacional.

Escribe con tinta, en buen papel y haciendo hermosa la letra, como un cumplido y laborioso copista. No descansa. Llena y llena las cuartillas, sin fatigarse. Ni siquiera se detiene para tachar un adjetivo o darle mejores contornos a la frase; porque el sabroso y bien matizado castellano que fluye de su pluma con rica espontaneidad, es ya definitivo...

Como es miope y no atinaría a meter con prontitud la pluma en el tintero, prefiere un platillo para la tinta.

Transcurren tres o cuatro horas ininterrumpidas. A las once o doce del día, está cumplida la tarea – que, al día siguiente, se traducirá en una página íntegra de texto, seis o siete columnas de diario de gran plana, en tipo nueve.

A la tarde, lee, traza esquemas de libros que no terminará nunca, o redacta artículos históricos, leyendas y cuentos para grandes diarios de Buenos Aires. Escribe cartas a sus amigos (pues la correspondencia de Manuel J. Calle es inmensa). Luego se acuesta muy temprano, siempre con un nuevo libro que leer. ¡La faena ha sido realmente prodigiosa!

Cuando accidentalmente sale de casa, su cerebro va como vacío y parece sentir vértigos. El público que le ve pasar, olvida por un momento la notoriedad del escritor, y fija más bien la atención en la suma fragilidad de esa vida, diminuta y, a la vez, heroica; sensitiva y toda nervios; agitada y temblorosa y siempre sacudida por un implacable viento, igual que la “hojita muerta” – en una permanente desolación de otoño – del melancólico poemita verleniano...

Tal es el periodista ecuatoriano cuya muerte sorprende a la prensa de América, en la mañana de un día de Octubre de 1918.⁶

LOS ASPECTOS MENORES DE LA OBRA DE CALLE:

El crítico literario. El escritor de tradiciones. El nacionalista...

Los más entusiastas admiradores y amigos de Calle, han coincidido, siempre, al eludir tratar acerca del crítico literario.

Es lo que no fue o no pudo ser, en su vida, el celebrado periodista.

Y no fue gran crítico, se ha dicho, no por falta de disposiciones – que eran muy felices en él, - sino porque, para el ejercicio de este ministerio, además del don natural de penetración y comprensión, urge también la posesión de otras cosas que Naturaleza por sí sola no puede dar: una cultura en constante renuevo y cierta aptitud cosmopolita, no fáciles, por cierto, en medio de zozobras y entre apuros económicos y sin salir de la maraña ambiente.

De dos aspectos menores de la personalidad literaria de Calle – el crítico de literario y el tradicionalista imitador de Ricardo Palma, por ejemplo, - habría sido, en todo caso, preferible el último: el del autor de las

⁶ Manuel J. Calle murió, en la noche del 6 de Octubre de 1918, de la cirrosis de Laenec, consecuencia inevitable de los años bohemios de otro tiempo y de las complicaciones tuberculosas de última hora. Como todo periodista, falleció en la mayor de las pobreza. Fué Eleodoro Avilés Minuche, Director de EL GUANTE, quien sufragó los gastos de sus últimos días y de muchos días después.

Calle ha dejado dos niñas suyas – Laura y María Luisa Calle, - para que recuerden y amen su nombre ilustre. Lo que es los entrañables amigos influyentes y todopoderosos de las campañas políticas, se limitaron, según parece, a los simples gimoteos, exclamaciones pesarosas, tarjetas de sentido pésame y coronas.

La filantropía oficial, que siempre fue preferente para imbéciles, para ricos o para pedigüeños; y la filantropía particular, que casi siempre fue sólo para haraposos que han de proclamarla y agradecerla a gritos, se mostraron en toda ocasión, hasta en la de su muerte, poco dispuestas en favor del grande periodista.

Leyendas, el del Calle premiado en un concurso de Buenos Aires por la amenísima narración de una aventura del tiempo de la Independencia; el del escritor esporádico de cosas del coloniaje; pero no el del crítico.⁷

Por lo menos, en la leyenda histórica se justifica y se exalta lo pasado, por lo que tiene de lejano, de extraño, de pintoresco o de glorioso, sin pretender adaptarlo, dogmáticamente, a la vida de cada prójimo de tiempos nuevos. La crítica sobre cosas actuales, a base de espíritu viejo y de exclusiva devoción por lo viejo, resulta, en cambio perniciosa.

Fue Calle, en crítica – al revés de lo que en ideas políticas y sociales era, - un furibundo vocero de lo estacionario y un firmísimo defensor y apóstol de las rancias. Se adaptaba y sometía fácilmente a los ídolos ya hechos, pero siquiera no tenía el suficiente valor para consagrarlos o crearlos.

Contra todo elemento nuevo, solía ponerse en guardia. A los jóvenes amantes de la investigación o que se estrenaron punzando en la realidad universal contemporánea, los llamó a primera instancia, “pedantes”. Para los jóvenes poetas tuvo, como en un disco, sólo frases sacramentales. Luego se echaba por el portillo de la Gramática de la Real Academia.

Era un crítico de formas. Y para mayor especialización en este ejercicio unilateral, decidió por la práctica, juntamente con actitudes y gestos, - de aquella especie de *crítica*, superficial y rencorosa, de Antonio Valbuena y *Fray Candil*.

Luego, la violencia para tratar a los tiranos y demás enemigos políticos, aplicaba a sus juicios en literatura. He ahí por qué no siempre fue acertado y, en la mayoría de las veces, se demostró, más bien, palabrero e injusto.

⁷ Las LEYENDAS de Manuel J. Calle se han publicado en dos volúmenes: el uno, con el título de LEYENDAS DEL TIEMPO HEROICO (Guayaquil, 1905), y el otro, con el de LEYENDAS HISTÓRICAS DE AMÉRICA (Guayaquil, 1910).

El primer libro es, actualmente, de lectura obligatoria en los Colegios de Enseñanza Secundaria del Ecuador. Escrito en estilo amenísimo, ofrece preciosos cuadros de la historia americana en el “tiempo heroico”, de hechos y de bravuras de leyenda, de las guerras de la Independencia.

El segundo es una colección varia del mismo género, aunque más desenfadado en la exposición de caracteres y pintura de escenas más o menos interesantes de la Colonia y de la Emancipación. Una segunda edición de este libro se ha hecho últimamente en Madrid, gracias al interés fervorosamente americanista de ese ilustre venezolano que es Rufino Blanco-Fombona.

¿Culpa sólo de él? Pues no: tenía talento – se ha dicho, - fervorosa aplicación por el estudio, gran poder de asimilación.

Lo que ahogaba al crítico y al hombre de estudio, era más bien el inevitable polemista y el obligado combatiente con el medio.

De contar con los recursos indispensables para desarrollar, dentro de una plácida existencia, su labor literaria – como desarrollan los profesores universitarios, o los mismos hombres de letras ahí en donde las letras producen dinero, - el aporte crítico de Calle habría sido de los más densos y de los más valiosos en la historia de la literatura continental.

Pero Calle necesitaba, ante todo, asegurar la subsistencia, y las 20 horas del día empleó en leer noticias de periódico y con ellas hacer deliciosas crónicas que, hiriendo vivamente la sensibilidad pública en el momento de su aparición, estaban destinadas a perder su importancia apenas al día siguiente.

El trabajo agobiador del diarismo febril, le negó a Calle el tiempo para ampliar, concienzudamente, su cultura inicial – adquirida en la juventud, allá en la paz de Arcadia de su ciudad, mediante la apasionada lectura de clásicos latinos y españoles, en gran número. Ni siquiera, por otra parte, le había sido dable viajar.

Falto de espíritu intrigante o de aptitudes de pedigüeño, en los momentos mismos en que triunfaban sus propios amigos y candidatos ministeriales, no pudo conseguir un consulado o un triste cargo de Adjunto Civil, tal como conseguía tanto inútil o tanto imbécil de esta tierra. Jamás traspasó las fronteras de su Patria.⁸

⁸ Preguntados varios influyentes amigos de Calle acerca de los muy serios motivos que tendrían ellos y los gobiernos para no apoyar nunca la salida del escritor a países extranjeros – cuando desde Estrada Cabrera hasta el ilustre Presidente Leguía no habían vacilado nunca en apoyar y provocar emigraciones de jóvenes ilustres y cuando en el propio Ecuador, individuos de bajísima condición intelectual, y por adehala, con riquezas, habían merecido tales apoyos, - han respondido al autor de estos apuntes, con opiniones curiosas: “Calle nunca quiso ir a ninguna parte”; “Calle no servía sino para escribir en los periódicos”...etc.

El general Leonidas Plaza Gutiérrez, fue, en su primera presidencia, amigo íntimo de Calle, pues que éste le escribía sus mensajes y manifiestos. Sin embargo, con lo que correspondió a la admiración sincerísima que le producía, fue, naturalmente, con un destinillo de amanuense en una oficina pública...

Calle estaba, pues, en disposición de ser un diestro combatiente político en su medio; pero no un rebelde reformador literario también: todo lo contrario de Manuel González Prada – otro luchador laico en su medio casi parecido a este en que desarrolló sus actividades nuestro escritor, - que había viajado largo, que no necesitaba sacar de la propia labor periodística, los recursos para vivir, y que había oído a Renán en el *Colege de France*.

Apenas si se había movido de Cuenca, para escribir en Guayaquil, vivir un poco de vida juvenil y oficinesca y siempre periodística en Quito – “doce años (nos cuenta él mismo), haciendo y deshaciendo diarios, semanarios, bisemanarios, revistas y todo cuanto había que hacer, a la sombra de los gobiernos o de las oposiciones violentas y siempre con mal éxito”, - y sin tiempo más que para el diario batallar, con unos breves minutos, acaso, en que pudo pensar seriamente en la gravedad de algún dolor íntimo o en la dulzura de algún lejano y dilecto recuerdo...

Toda la información literaria y científica de Calle, posterior a la época de estudios sistematizados en los colegios de Cuenca, le vino de lo circunstante, de lo ocasional.

Él no contaba sino con su fervor y con su alma siempre abierta a todas las impresiones. “Leía todo libro y todo papelito que caía en sus manos – dice un articulista; - lo devoraba todo”...

¡Que caía!... Así cultivó su inteligencia. Y no pudo ser de otra manera tampoco, aquí, donde el intelectual pobre tiene menos medios, para *auto educarse* independientemente, que en ninguna otra parte del mundo. Calle fue, a este respecto, infinitamente menos feliz que Montalvo, quien tuvo familia acomodada, si no rica, hermanos influyentes, parientes letrados y mucho libro; que dispuso de largos períodos de ociosidad, y de sus tan recordados *ocho años de Europa*. Calle se educó tanto como vivió: como y cuanto pudo.

Lo máximo que realizó, pues, en otro orden que no fuese periodismo, se debió siempre a un mínimo de esfuerzo sobrante. He aquí los antecedentes de su haber como literato y como crítico.

ooo

¿Y su labor nacionalista?

Hay que convenir en que, entre sus análisis críticos de vidas o de obras de personajes ya consagrados de su Patria, no serán pocos ni sus méritos de observador sagaz, ni su pericia. Pero es verdad también que a las primeras investigaciones, nótase que, al conocimiento directo sobrepónese la facundia, y que al juez literario se antepone el hombre con sus pasiones, sea éste el político en divergencia, sea éste el enemigo en situación de vengar furiosamente agravios, o sea éste, completamente, el amigo dilecto y entrañable.

Sabido es que sus apologías eran entusiásticamente recibidas; pues, se creía que, hombre tan severo con los principiantes o con los que él no estimaba, no podía, a la verdad, ser más justo...

Quienes han recibido loanzas de Manuel J. Calle, no convendrán, por eso, jamás en una apreciación irrespetuosa. Y apuntamos esta perogrullada, por sí...

Con todo, de su larga labor de crítico, ya se ha podido extraer un pequeño volumen: *Biografías y Semblanzas* (edición 'póstuma, con prólogo del doctor Remigio Romero León, eminente paisano de Calle), que contiene sus juicios o impresiones sobre varios notables ecuatorianos que fueron – y no debían ser otra cosa – amigos íntimos suyos...

Tales opúsculos fueron escritos en plena labor diaria del periodismo exigente, matemático y sin esperas como el tren.

Esto, desde luego, puede comprender cualquiera, aún sin saber anticipadamente que Calle era un jornalero de redacción. La superficialidad de análisis y el exceso de frase pintoresca lo revelan a gritos.

Ese volumen, por tanto, no nos lo demuestra por completo. Para el que desee apreciar a Calle en su plenitud, mayor importancia tendrán,

indudablemente, las CHARLAS – colección admirable en donde, con juicios críticos que no fueran solamente sugerencias de la amistad o del cariñoso recuerdo, alternaran los artículos de costumbres y mucho de esa producción nerviosa y levísima que puso en evidencia el espíritu malicioso y fino, apto más bien para la ironía y la chispeante gracia que para las meditaciones grávidas y las elucubraciones “sesudas”, contra las que tanta prevención manifestó.

LA GLORIA DE MANUEL J. CALLE

El escritor político, el radical y el polemista.

Su valer en la historia del periodismo continental.

Mas he aquí la línea pura, la línea brillante y noble que hace gloriosa esta fisonomía: la del escritor público de los últimos doce o quince años de febril existencia periodística, cuando ya exclusivamente fue el bizarro paladín de los derechos populares de su país, la del irreductible radical que en las tremendas luchas políticas de la nación – cuando plumas mercenarias llenaban los periódicos con ditirambos a los caudillos, y escritores burgueses y sin corazón acataban la ruina de la democracia con la complicidad innoble de su cobardía, - su voz, que era la voz de un hombre formidablemente libre, iconoclasta y apasionado, se alzaba sobre las cosas, almas y voluntades revueltas, como una enseña de guerra, como el toque belicoso de un clarín.

El prestigio límpido del escritor, como tal, está, pues, dentro de un marcado período histórico de la vida ecuatoriana: de 1906 – año en que el General Eloy Alfaro dio su segundo asalto al poder, - hasta el día de su muerte.

En este tiempo, Manuel J. Calle es ya el caballero sin miedo y sin tacha contra todos los despotismos y todas las ambiciones políticas desenfrenadas; contra todas las ineptias de los correligionarios, o de los que han fingido serlo; contra las deslealtades, claudicaciones y transfugios; y contra la inmoralidad, el crimen y el vicio en las actividades más elevadas del país: política, periodismo, vida administrativa, sociedad.

Verdad que antes de 1906, el periodista ya ofrece un gran índice de trabajo, y su fama de ingenioso prosista y combativo liberal se encuentra profusamente extendida en diarios, libros y folletos, que él los ha escrito y publicado en momentos decisivos de la vida pública nacional⁹.

Pero todo ello, con ser vibrante y apasionado, no es lo que crea todas esas oleadas de interés y curiosidad públicas ni lo que hace de Manuel J. Calle el Supremo Dictador de la prensa y de la opinión general de su país.

Es su labor enorme y vigorosamente combativa, su indomable coraje para lanzar, ante la arbitrariedad y la tiranía, las verdades que ven sus ojos

⁹ He aquí una lista de esos trabajos. En 1897, fuera de su inagotable labor de diarista, publica: **Un manojo de artículos, Los Dominicos en el Ecuador, Cuestión del Día, Un viejo artículo, El triunfo del Radicalismo, Historia de un Crimen.**

Al año siguiente, 1898, dirige la **Revista de Quito**, admirable publicación en donde aparecen por primera vez los artículos de costumbres de Luis A. Martínez, cuya novela "A la Costa" prologara años más tarde. Por entonces Calle labora en la Capital de la República, defendiendo el nuevo régimen liberal y desbrozando la montaña de públicos prejuicios para dar paso a las pequeñas reformas liberales del primer período Alfarista.

En 1889, publica **Figuras y Siluetas, y en 1900 y 1901** (principios del Gobierno de Plaza, al que apoyaba): **Juan Murillo Miró, Censuras Pueriles, Señores y Amigos, El Manifiesto del General Franco, Examen Crítico de la Protesta del Directorio Garcista, Errores de concepto acerca de la cuestión eleccionaria.**

En 1904 y 1905 escribe: **Cuestiones del Día, - Tengo la Palabra, La Asamblea Liberal ante la Historia.** También aparecen las **Leyendas del Tiempo Heroico**, editadas en la imprenta de "El Telégrafo", periódico en el que trabajara Calle.

Termina la administración del General Plaza, adviene el Presidente constitucional García y en Enero de 1906, surge la revolución Alfarista. Los mejores ciudadanos del Ecuador le declaran entonces, guerra abierta al General Alfaro, en quien ya no ven al ilustre militar y gran liberal amigo de Montalvo, sino al simple ambicioso, al déspota y caudillo de una mera facción arribista.

Manuel J. Calle publica **Hombres de la Revuelta**, libro que es, en gran parte, lo contrario de "Figuras y Siluetas" de 1899, porque ahora las cosas han cambiado, y los patricios y los eminentes personajes de ayer, se han convertido en esbirros y mercenarios a servicio de una política desleal. Calle tampoco tiene la obligación de seguir pensando como ayer, si las cosas son distintas...

o los sentimientos que rugen dentro de su corazón. Y es, al lado de ella, su pobre vida fracasada, roída por la pobreza y la soledad...

De 1906 a 1911, Alfaro tiene el más feroz enemigo en Calle.

Los antiguos correligionarios – precisamente de esos que antes le despreciaran al joven periodista, - así lo comprenden.

Los conservadores, o sea los adversarios de la víspera, lo comprenden también. Y llegará el día en que, juntos, güelfos y gibelinos, tributarán al bravo periodista, el homenaje de una pluma de oro (año de 1909), y de un glorificante pergamino, en reconocimiento de los méritos del luchador tenaz e inagotable. Esa pluma de oro, será enviada, luego, a la madre distante – “empapada en las lágrimas del hijo querido, que no ha de verla”...

¡Ah, Calle es ahora el mayor de los hombres libres del Ecuador que, con frase límpida y fulgurante palabra, lanza su airada protesta en medio del silencio ominoso!

Los camaradas del liberalismo, le han negado las puertas de su prensa. Ricardo Cornejo, el más fuerte de los conservadores, entonces, le abre sus brazos y le otorga un sitio en su periódico. Esta gallarda actitud de los caballeros del conservadorismo, será recordada por Calle con elogio.

El pueblo del Ecuador, a la vez, comienza a sentir una franca predilección por el escritor y busca y devora sus artículos con febril ansiedad.

Para su época inicial, EL GUANTE apenas es un periodiquín de cuatro páginas. Pero lo dirige y escribe una juventud de radicalismo vehemente.

Manuel J. Calle no tarda en popularizarlo con sus crónicas hebdomadarias. A vuelta de poco, EL GUANTE se convierte en diario. Es el diario más leído y difundido del Ecuador, pues que circula hasta en los más apartados rincones del país, que vibra al ritmo de esas crónicas tan apasionadas y tan ágiles de **ERNESTO MORA**.

Y son ya las CHARLAS – título genérico de la producción periodística diaria de Calle, y bajo el cual discurre, en proteica forma, acerca de la actualidad política, de la actualidad literaria, los hombres más visibles del momento o los viejos recuerdos de la historia suya o de la historia de los otros, - lo que de un modo capital caracteriza y define la personalidad del

luchador, del crítico, del propagandista de ideas y hasta del simple prosista – que resulta siempre límpido, fresco y amable.

Las CHARLAS, entonces, son buscadas y leídas por todo el mundo, inclusive por frailes y beatas. Puede asegurarse a conciencia, que fue Manuel J. Calle con esos artículos quien principalmente creó y difundió en el Ecuador, esa febril pasión por la lectura de periódicos, pasión que es tan característica de la civilización contemporánea...

1911: cae el Presidente Alfaro por un golpe de cuartel, pero en medio de la pública satisfacción. El exceso de gobierno violento, del ilustre hombre público, le ha cansado al país.

El año siguiente es de tragedias. La violencia de prensa es ahora violencia multitudinaria.

De tales tragedias brota la segunda Presidencia del General Leonidas Plaza, amigo de Calle. Calle ya no está, por cierto, en disposición de inclinarse a caricias de “farsantes”...

Su adhesión personal por Plaza, pues, no es un obstáculo, para que combata su política y sus políticos. Plaza le recuerda su antigua amistad; pero Calle es implacable y es quien más estruendosamente pone de relieve las inepticias de ese período.

“Gobierno analfabeto” le llama a este gobierno, cuando los maestros de escuela ecuatorianos no reciben un año completo de sueldos...

La misma conducta independiente adopta con el Gobierno que sucede al del General Plaza – el del señor doctor don Alfredo Baquerizo Moreno (1916-1920); hasta que muere en medio de la consternación inmensa del país, inclusive del gobierno y los hombres combatidos, quienes, si se ven libres de un fiscal terrible, no dejan de reconocer que ése era un escritor admirable. El mismo doctor Baquerizo Moreno, no vacilará, “diez años después”, en escribir un estudio completo sobre ese adverso periodista perdonándole, con generosidad, sus irreverencias...

Tal el combatiente político. Sus méritos de polemista, con todo, sobrepasan las condiciones del medio.

Manuel J. Calle poseía, para la prosa violenta de su literatura, el énfasis del estilo, la seguridad, desenfado y precisión del adjetivo, que iba a clavarse rectamente en el pecho del adversario, como un puñal; la exactitud en el recuerdo histórico, el calor natural para cada pensamiento, para cada cláusula y, sobre todo – tratándose de un comentarista diario de hombres y acontecimientos de viva actualidad, - estas otras virtudes, tan genuinamente periodísticas, que ya apuntó un ilustre crítico: “la interpretación original y lúcida, la deducción imprevista y justa, y la gracia y la malicia en desentrañar la intención recóndita”...

Manejaba su pluma la sátira – que era en el resto de los casos, su especialidad; - la burla cruel y sangrienta...Y era, entonces, cuando sus feroces artículos tomaban las ondulaciones de una carcajada desesperante, cuando cada ironía y cada vocablo llevaban el sabor mortal de una dosis de veneno. Tenía este escritor un extraordinario sentido de lo ridículo, y lo explotaba a maravilla, con fina y sutil gracia.

¡Cuántos políticos ineptos, cuánto militar inhábil, cuánto poeta o mal “compañero”, cuánto fraile rijoso o clérigo poco ejemplar, cuántos logreros e intrigantes de la vida palaciega; cuánto hombre o mujer que con poco éxito acertaron a pasar por un minuto siquiera de actualidad pública; cuántos señorones vanidosos y cuántos fantoches milagreros de estas sociedades fetichistas, recordarán, hasta en los instantes de la muerte, con rabia y vergüenza, los sangrientos epítetos y burlas atroces de que este hombrecillo, de mente superior e iconoclasta, los hizo víctimas!...

En ciertas ocasiones hacía recuento, al vuelo, de sucesos y hombres notables de la política universal: allí era cuando el lector desapasionado podía darse perfecta cuenta del mérito inmenso de este polemista – que era un polemista de primera orden, - por la audacia del calificativo, por la suprema y rara independencia de sus juicios, así fuesen exagerados. Parecía por todas estas cualidades, un G. Bernard Shaw, de recia urdimbre moral y de gran visión sintética, escribiendo sus soberbias virulencias políticas.

Pero esto, verdad, sólo en contadas ocasiones. Su carácter de forzado redactor cotidiano, de “peón de imprenta”, le distraían continuamente de sus altos vuelos, y, la dinamita de su polémica gastaba, más bien, a menudo, en las cursilerías absorbentes del medio o en cavar la sepultura civil de algún “ente innominable”. Hemos de insistir, por eso, continuamente, en que: le ahogó, sobre todo, la mediocridad de su ambiente - ¡de este ambiente en donde, a no intervenir casualidades bienhechoras – mucho favor oficial para ir a Europa, mucho dinero, gran coraje o soberbia, - se pudren las mejores inteligencias entre las sucias oleadas de la politiquilla, la vida sedentaria de un empleo de oficina o las vulgaridades de un periodismo sórdidamente tacaño!

A Manuel J. Calle “faltóle erguirse sobre el pedestal que presta un gran país a sus hombres aún de menor talla – dice Gonzalo Zaldumbide; - faltóle una tribuna de universal resonancia. Su país, pequeño, le contuvo dentro de sus límites, le cobijó con sus horizontes encapotados”...

Naciendo en Francia, quizás habría sido un Rochefort, y, en Alemania, - con alguna fuerza de voluntad, ambición y la porfiada energía de algún fanático (cualidades que, por otra parte, y con gran desventaja para él, jamás conoció Manuel J. Calle) – acaso lo que un jefe de facción socialista a la Karl Liebknecht o a la Harden.

Con todo, si en el mundo no alcanza, a causa del estrecho y lejano escenario en que le tocó actuar, el lugar preeminente que merece por sus bellas y geniales aptitudes, Manuel J. Calle es, en el Ecuador y en la historia del periodismo continental, una de sus más altas y representativas figuras: fue un luchador de la Democracia, combatió por los más nobles ideales de la Libertad y de la República y por todo aquello que tuvo siempre su preponderancia en el corazón de América.

Hombre, por lo demás, que correspondió a su medio – violento, desmesurado y áspero – significó también una tragedia, no rara en estos escondrijos del Nuevo Mundo: la del ser genial, condenado a la cadena perpetua de un país inédito...

Dentro de su país mismo, en el aspecto pragmático de la vida, no tuvo tiempo para ser un triunfador, sin duda. Pero fué el artillero incansable y heroico, que supo morir orgullosamente al pie de su cañón, con la bandera de sus rebeldías en lo alto.

¡Aún no se ha perdido el eco de sus últimos combates!

Su labor de propagandista liberal y de defensor de las libertades públicas; su notorio influjo en los últimos años sobre la opinión nacional del Ecuador; su bravo radicalismo, le dan una fisonomía de “héroe” en medio de un país y de una época plenos de pasiones impetuosas, de consagraciones intempestivas – consagraciones de demagogia – de intransigencia y odio mortales.

Y la palabra violenta de este polemista formidable, sigue vibrando aún en el ámbito de la política nacional;...y, en muchos lectores sudamericanos, será el recuerdo de la lectura de los artículos de Calle lo que el recuerdo de una batalla: todavía llegará a sus oídos interiores el rumor de esas fraseologías hinchadas de desdén o de cólera, de esos vocablos duros que fueron, durante mucho tiempo, como el fragor del ¡continuo disparar de una batería!

